



mós, sin legítima prole, y sin existencia religiosa. Pero la nueva palabra de caridad alige- ra en esta época sus cadenas, mientras consigue romperlas enteramente; es aclamada la paz universal; quedan abolidos los privilegios de nacimiento y de conquista; inspira horror, no sólo el derramamiento de sangre, sino también la lucha; y preséntase el modelo de una sociedad fundada en la combinación de fuerzas pacíficas, de un poder enteramente espiritual, opuesto á los arrebatos del poder armado, y de una fraternidad entre las naciones, en virtud de la cual estas, en vez de destruirse unas á otras, se miran para perfeccionarse mutuamente. Y ¿quién produjo esta mudanza? Un artesano de Galilea. Y era también esta una doctrina originaria del Asia, que debía, no subyugar, sino convertir á Europa, anar la verdad política con la religiosa, y oponiendo á los ídolos la conciencia y á los tiranos la resignación, restaurar al género humano en su dignidad, bajo un solo Dios. Al lado del poder de la espada, se levanta el de las ideas, que independiente del primero, mantiene seguro el progreso para que no vacile con sus variaciones; entonces en la narración histórica aparece un nuevo elemento, la historia de la Iglesia. Esta, representando al pueblo y admitiendo á la emancipación á todos los desgraciados, á todos los que padecen por efecto de la conquista ó de la fuerza; no destruye de un golpe la servidumbre, las violencias legales, las rapiñas gloriosas; pero opone á todas ellas una doctrina que las reprueba, y un Dios que las condena. Pronto Nerón y Domiciano, se encuentran frente á frente con Pedro é Ignacio; aquellos, armados, señores del mundo, teniendo en su apoyo la legalidad, tan diversa de la justicia, representantes del mundo antiguo, gritan en los circos atestados de gente: *A las fieras los cristianos*; los otros, pobres, débiles, desconocidos, calumniados con la autoridad, la instrucción, las ceremonias y el ejemplo, propagan el reinado de Dios, y enseñan á dar al César lo que es del César; pero nada más, no el culto, no el sacrificio de los afectos, y de las convicciones.

Aquí nos encontramos ya trasladados á diverso teatro. Aquí vemos ya la civilización occidental extendiendo sus alas para tomar más seguro vuelo. Empero los hechos posteriores impiden ó retardan el triunfo; la adhesión que antes se profesaba al Estado se concentra en los emperadores, protegidos tanto por la religión como por la ley. En la serie de estos, ora prevalece el Occidente con Trajano y Marco Aurelio, ora revive el Asia con Cómodo y Helio-gábalos; el estoicismo procura sustraer al hombre del dominio de la naturaleza bruta; pero la secta de Epicuro se resigna á padecimientos innobles, que no turban sus refinados goces y docta corrupción. La magia viene á reanimar las antiguas creencias, en tanto que una revelación que tranquiliza al pensamiento, por ser de origen superior, y que robustece las leyes, porque establece un poder infalible, tiende á la universalidad de la moral, y enseña á todos lo que importa conocer, amar, practicar, no sólo en la sociedad, sino también en la conciencia individual. La traslación de la silla de San Pedro desde Jerusalem á Antioquia, y después á Roma, da más autoridad al Occidente, al paso que la traslación del trono imperial á Constantinopla vigoriza el elemento oriental; el lujo y la molición enervan á los degenerados. Césares, que deponen la espada de la defensa para entregarse á disputas teológicas. Entre tanto, sin embargo, la gente más señalada por su inicio proceder dicta cánones de perfecta justicia; los emperadores, para apartar de sí el obstáculo que les opone la nobleza, se esfuerzan en presentar las razones de la común naturaleza humana, favoreciendo la emancipación, el peculio de los hijos de familia, las últimas voluntades, ampliando los efectos y restringiendo las solemnidades de la manumisión, y extendiendo el derecho de ciudadanía, hasta que en tiempo de Constantino vence por completo la equidad, desechándose las fórmulas, último resto del gigante, y extendiéndose la emancipación de las provincias al mundo.

Entre tanto, sin embargo, la gente más señalada por su inicio proceder dicta cánones de perfecta justicia; los emperadores, para apartar de sí el obstáculo que les opone la nobleza, se esfuerzan en presentar las razones de la común naturaleza humana, favoreciendo la emancipación, el peculio de los hijos de familia, las últimas voluntades, ampliando los efectos y restringiendo las solemnidades de la manumisión, y extendiendo el derecho de ciudadanía, hasta que en tiempo de Constantino vence por completo la equidad, desechándose las fórmulas, último resto del gigante, y extendiéndose la emancipación de las provincias al mundo.



Años  
después de  
J.-C.  
323 á 476

ovintam, avto época sétima, avto avto avto  
-ritro, avto Desde Constantino á Augustulo  
-50 La paz fué dada á la Iglesia; la sangre de los mártires habia engendrado creyentes por doquiera, y el mundo, sentado en sombras de tinieblas, iba divisando el bello horizonte, de un porvenir hermoso, dibujado en los blancos celajes de una region desconocida á la filosofía pagana, á los pensadores de Grecia y Roma, á los sábios del Egipto y de la China. Constantino ó la paz de la Iglesia. Esta célebre declaración de Constantino aconteció el año 312 de Nuestro Señor. Mientras que sitiaba á Majencio en Roma, una cruz luminosa se le apareció en el aire ante todo el mundo con una inscripción que le prometia la victoria; esto mismo le fué confirmado por medio de un sueño. Al día siguiente ganó esta célebre batalla, que deshizo á Roma de un tirano y á la Iglesia de un perseguidor. La cruz fué ostentada como la defensa del pueblo romano y de todo el imperio. Poco tiempo después Maximino fué vencido por Licinio, que estaba de acuerdo con Constantino, y tuvo un fin semejante al de Galerio. Fué dada la paz á la Iglesia. Constantino la colmó de honores y de distinciones. La victoria le siguió por todas partes, y los bárbaros fueron reprimidos tanto por él como por sus hijos. Sin embargo, Licinio se malquistó con él y renueva la persecución. Batido por mar y tierra, se vió obligado á dejar el imperio, y por último á perder la vida. En este tiempo Constantino reunió en Nicea, Bithinia, el primer concilio general, en donde 318 obispos, que representaban toda la Iglesia, condenaron al sacerdote Arrio, enemigo de la divinidad del hijo de Dios, y formularon el símbolo en donde se estableció la consubstancialidad del Padre y del Hijo. Los sacerdotes de la Iglesia de Roma enviados por el papa San Silvestre, precedieron á todos los obispos en esta asamblea; y un antiguo autor griego (1) cuenta entre los legados de la Santa Sede al célebre Ossio, obispo de Córdoba, que presidió el concilio. Constantino tomó asiento en esta asamblea

(1) Gel. Cizyc., hist. Nic., lib. II, cap. VI, XXVII; Conc., Labb., título II, col. 158, 237.

y recibió las decisiones como un oráculo del cielo. Los arrianos disimularon sus errores, y volvieron á entrar en la Iglesia. Mientras que su valor mantenía el imperio en una excesiva tranquilidad, el reposo de su familia se alteró por los artificios de Fausta su mujer. Crispo, hijo de Constantino, pero de otro matrimonio, acusado por esta madrastra de haber querido corromperla, encontró á su padre inflexible. Su muerte fué al punto vengada. Fausta, convicta, fué sofocada en el baño; pero Constantino, deshonrado por la malicia de su mujer, recibió al propio tiempo muchos honores por la piedad de su madre. Ella descubrió en las ruinas de la antigua Jerusalem la verdadera cruz, fecunda en milagros. También se encontró el Santo sepulcro. La nueva ciudad de Jerusalem, que Adriano habia hecho edificar; la gruta en que nació el Salvador del mundo y todos los Santos Lugares, fueron adornados de soberbios templos por Elena y por Constantino. Cuatro años después el emperador reedificó á Bizancio, que llamó Constantinopla, é hizo la segunda silla del imperio. La Iglesia, pacífica bajo Constantino, fué cruelmente afligida en Persia. Una infinidad de mártires sellaron su fe. El emperador trató en vano de apaciguar á Sapor y de atraerle al cristianismo. La protección de Constantino, no dió á los cristianos perseguidos más que un favorable asilo. Este príncipe, bendecido de toda la Iglesia, murió lleno de alegría y de esperanza, después de haber dividido el imperio entre sus tres hijos, Constantino, Constancio y Constante. Su concordia fué bien pronto turbada, Constantino pereció en la guerra que tuvo con su hermano Constante por los límites de su imperio. Constante y Constancio no estuvieron siempre unidos. Constante sostuvo la fe de Nicea, que Constancio combatía. Entonces la Iglesia admiró los largos sufrimientos de San Atanasio, patriarca de Alejandria y defensor del concilio de Nicea. Arrojado de su silla por Constancio, fué restablecido canónicamente por el papa San Julio I, cuyo decreto (1) apoyó Constante. Este

(1) Sócr. Hist. eccl. lib. II, c. XV; Sozom. lib. III, c. VIII.





buen príncipe no duró mucho. El tirano Majencio le mató á traición; pero poco después, vencido por Constancio, se suicidó. En la batalla en que se arruinaron todas sus esperanzas, Valente, obispo arriano, advertido secretamente por sus amigos, aseguró á Constancio que el ejército del tirano estaba en huida, é hizo creer al emperador que lo sabia por revelación. Por esta falsa revelación, Constancio se inclinó á los arrianos. Los obispos ortodoxos son arrojados de sus sillas; toda la Iglesia se llena de confusión y turbación, la constancia del papa Liberio cede ante el aburrimento del destierro. El concilio de Rimini, si se cierra en seguida, es por sorpresa y violencia; nada se hace en las formas; la autoridad del emperador es la única ley, pero los arrianos, que hacen todo por ella, no pueden ponerse de acuerdo y cambian todos los días su símbolo: la fe de Nicea subsiste; San Atanasio y San Hilario, obispo de Poitiers, sus principales defensores, se hacen célebres por toda la tierra. Mientras que el emperador Constancio, ocupado en los negocios del arrianismo, despreciaba los del imperio, los persas obtuvieron grandes ventajas. Los alemanes y los francos intentaron entrar por todas partes en las Galias; Juliano, pariente del emperador, les reprimió y batió. El emperador mismo deshizo á los sarmatas y marchó contra los persas. Allí aparece la revuelta de Juliano contra el emperador, su apostasia, la muerte de Constancio, el imperio de Juliano, su gobierno equitativo y el nuevo género de persecución que hizo experimentar á la Iglesia. Alimentó las divisiones; excluyó á los cristianos, no sólo de los honores, sino de la instrucción, é imitando la santa disciplina de la Iglesia, volvió contra ella sus propias armas. Los suplicios se economizaron y se ordenaron bajo otros pretextos que el de la religion. Los cristianos permanecieron fieles á su emperador, pero la gloria que ansiaba más le hizo perecer; fué muerto en la Persia, en donde se había empeñado temerariamente. Jovino, su sucesor, celoso cristiano, encontró los negocios desesperados y no vivió más que para terminar una paz vergonzosa. Después de él, Valentiniano hizo la guerra como gran capitán, llevó á su hijo

Graciano consigo desde muy jóven, mantuvo la disciplina militar, batió los bárbaros, fortificó las fronteras del imperio, y protegió en Occidente la fe de Nicea. Valente, su hermano, á quien hizo su colega, la perseguía en Oriente; y no pudiendo ganar ni abatir á San Basilio y San Gregorio Nacianzeno, desesperó de poderla vencer. Algunos arrianos unieron nuevos errores á los antiguos dogmas de la secta. Aetio, sacerdote arriano, es notado en los escritos de los Santos Padres como autor de una nueva herejía (1) por haber igualado el sacerdocio al episcopado y juzgado inútiles las súplicas y oraciones de la Iglesia por los difuntos. Un tercer error de este herejarca, era el contar entre las servidumbres de la ley ciertas nuevas señales, y querer que el jóven fuera siempre libre. Vivía aún, cuando San Epifanio se hizo célebre por su historia de las herejías, en donde era refutado como todos los demás. San Martin fué elegido obispo de Tours, y llenó el Universo con el brillo de su santidad y de sus milagros durante su vida y después de su muerte. Valentiniano murió, después de un discurso violento que pronunció contra los enemigos del imperio; su impetuosa cólera, que le hacia temer de los demás, le fué fatal á sí mismo. Su sucesor, Graciano, vió sin envidia la elevación de su jóven hermano, Valentiniano II, que se hizo emperador cuando aún no contaba más que nueve años. Justina, su madre, protectora de los arrianos, gobernó durante su minoría. Aquí se ven en pocos años maravillosos sucesos: la revuelta de los godos contra Valente; este príncipe abandona á los persas para reprimir á los rebeldes; Graciano acudió á él después de haber obtenido una victoria señalada sobre los alemanes. Valente, que quiso vencer solo, precipita el combate, en donde es herido cerca de Andrinópolis; los godos, victoriosos, le queman en una villa en donde se había refugiado. Graciano, colmado de negocios, asoció al imperio al gran Teodosio y le dejó el Oriente. Los godos fueron vencidos; todos los bárbaros participaron de este venci-

(1) I Epiph., lib. III, hæc. LXV, t. I, pág. 906; Aug., hæc. LIII, t. VIII, col. 18.



miento, y tuvieron temor de emprender nuevas empresas; y los heréticos macedonios, que negaban la divinidad del Espíritu-Santo, son condenados en el concilio de Constantinopla, en el cual se encontró sólo la Iglesia griega; el consentimiento de todo el Occidente y del papa San Dámaso, le hizo apelar al concilio general. Mientras que Teodosio gobernaba con tanta fuerza y con tanto éxito, Graciano, que no era ménos violento ni ménos piadoso, abandonó sus tropas, compuestas de extranjeros, y fué inmolado al tirano Máximo. La Iglesia y el imperio lloraron á este buen príncipe. El tirano reinó en las Galias, y pareció contentarse con este mando. La emperatriz Justina publicó, bajo el nombre de su hijo, edictos en favor del arrianismo. San Ambrosio, obispo de Milan, no opuso más que su santa doctrina, las oraciones y la paciencia, y supo con tales armas, no sólo conservar las basílicas, que los heréticos querían ocupar, sino aun ganar al jóven emperador. Sin embargo, Máximo fué movido, y Justina no encontró nada más fiel que el santo obispo, á quien trataba de rebelde. Ella le envió al tirano, á quien no podían doblegar los discursos. El jóven Valentiniano se ve forzado á huir con su madre. Máximo se hace dueño de Roma, en donde restablece los sacrificios de los falsos dioses para complacer al Senado, que era casi todo pagano. Después que hubo ocupado casi todo el Occidente, y en los tiempos en que se creía más pacífico, Teodosio, auxiliado por los francos, le deshizo en la Panonia, le sitió en Aquilea y le dejó matar por sus soldados. Dueño absoluto de los dos imperios, cedió el de Occidente á Valentiniano, que no le tuvo mucho tiempo. Este jóven príncipe elevó y humilló á Argobasto, capitán de francos, valiente, desinteresado, pero capaz de mantener por toda clase de crímenes el poder que se había hecho lugar sobre las tropas. Elevó al tirano Eugenio, que no sabia más que hablar, y mató á Valentiniano, que no quería sino tener por amo y señor al soberbio franco. Este golpe detestable fué dado en las Galias, cerca de Viena. San Ambrosio, á quien el jóven emperador habia encargado que le confriera el bautismo, deploró

su pérdida, y tuvo esperanza de su salvación. Su muerte no permanecerá impune. Un milagro visible dió la victoria á Teodosio sobre Eugenio y sobre los falsos dioses, cuyo culto habia restablecido este tirano. Eugenio fué hecho prisionero, y hubo necesidad de sacrificarle á la vindicta pública, y para abatir la rebelion con su muerte. El fiero Argobasto se suicidó, más bien por no implorar la clemencia del vencedor, que por el conjunto de reveses que acababa de experimentar. Teodosio, único emperador, fué la alegría y la admiración de todo el Universo. Apoyó la religion, hizo callar á los herejes, abolió los sacrificios impuros de los paganos, corrigió la molice, y reprimió los gastos superfluos. Confesó humildemente sus faltas, é hizo penitencia. Escuchó á San Ambrosio, célebre doctor de la Iglesia, que le reprendió por su cólera, único defecto de este gran príncipe. Siempre victorioso, jamás hizo la guerra sino por necesidad. Mantuvo á los pueblos felices, y murió en paz, más ilustre por su fe que por sus victorias. En su tiempo, San Jerónimo, retirado á la santa gruta de Bethleem, acometió trabajos inmensos para explicar la Escritura, exhumó todas las historias santas y profanas que le podían esclarecer, y compuso, sobre el original hebreo, la version de la *Biblia*, que toda la Iglesia ha recibido bajo el nombre de *Vulgata*. El imperio, que parecia invariable bajo Teodosio, cambió de repente bajo sus dos hijos. Arcadio tuvo el Oriente, y Honorio el Occidente; los dos, gobernados por sus ministros, hicieron servir su poder á los intereses particulares. Rufino y Eutronio, sucesivamente favoritos de Arcadio, y tan malo el uno como el otro, perecieron al punto; y los negocios no fueron mejor bajo un príncipe débil. Su mujer Eudosa le obligó á perseguir á San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla y luz del Oriente. El papa San Inocencio y todo el Occidente sostuvieron á este gran obispo contra Teófilo, patriarca de Alejandria, ministro de las violencias de la emperatriz. El Occidente estaba turbado por la inundación de los bárbaros. Radagasio, godo y pagano, asoló la Italia. Los vándalos, nacion goda y arriana, ocuparon una parte de la Gália, y se esparcie-





ron por España. Alarico, rey de los visigodos, pueblos arrianos, obligó á Honorio á abandonar estas provincias, ya ocupadas por los vándalos. Stilicon, atajado por tantos bárbaros, les bate, corrige, pacta y rompe con ellos, sacrifica todo á su interés, y conserva, sin embargo, el imperio que tenía el propósito de usurpar. Sin embargo, Arcadio murió, y creyó al Oriente tan desprovisto de buenos súbditos, que puso á su hijo Teodosio, de edad de ocho años, bajo la tutela de Irdegerda, rey de Persia. Pero Pulqueria, hermana del joven emperador, se encontró capaz de manejar los grandes negocios. El imperio de Teodosio se sostuvo por la piedad y por la prudencia de esta princesa. El de Honorio parecía próximo á su ruina. Hizo morir á Stilicon, y supo reemplazar á tan hábil ministro. La revuelta de Constantino, la pérdida completa de las Gálias y de España, la toma y saqueo de Roma por los ejércitos de Alarico y de los visigodos, fueron la consecuencia de la muerte de Stilicon. Ataúlfo, más furioso que Alarico, saqueó de nuevo á Roma, y no sonaba más que con abolir el nombre de romano; pero para dicha del imperio, tomó á Placidia, hermana del emperador. Esta princesa cautiva, con quien se casó, le templó. Los godos trataron con los romanos, y se establecieron en España, reservándose en las Gálias las provincias que se extendían hacia los Pirineos. Su rey, Valia, condujo sabiamente estos grandes designios. España demostró su constancia, y su fe no se alteró bajo la dominación de los arrianos. Entre tanto, los borgoñones, pueblos germanos, ocuparon las vecinas comarcas del Rin, de donde poco á poco ganaron el país que lleva aún su nombre.

Los francos no permanecieron en el olvido: resueltos á hacer nuevos esfuerzos para abrirse paso á las Gálias, elevaron por rey á Pharamond, hijo de Marcomir, y la monarquía de Francia, la más antigua y la más noble de todas las del mundo, comenzó bajo él. El desgraciado Honorio murió sin hijos y sin proveer el imperio. Teodosio nombró emperador á su hijo Valentiniano III, hijo de Placidia y de Constancio su segundo marido, y le colocó durante su menor edad bajo la tutela de su ma-

dre, á quien dió el título de emperatriz. En estos tiempos, Celestio y Pelagio negaron el pecado original y la gracia por la cual somos cristianos. A pesar de sus disimulos, los concilios de Africa les condenaron. Los papas San Inocencio y San Zósimo, á quien siguió el papa San Celestino, autorizaron la condenación y la extendieron por todo el universo. San Agustín confundió á estos peligrosos herejes, y brilló en toda la Iglesia por sus admirables escritos. El mismo Padre, secundado por San Próspero, su discípulo, cerró la boca á los semipelagianos, que atribuían el principio de la justificación y de la fe á los únicos esfuerzos del libre albedrío. Un siglo tan desgraciado para el imperio y en el que se elevaron tantas herejías, no dejó de ser dichoso para el cristianismo.

La Iglesia, fecunda en grandes hombres, confundió todos los errores. Después de las persecuciones, plugó á Dios hacer brillar la gloria de sus mártires; todas las historias y todos los escritos están llenos de milagros, que los auxilios implorados y los sepulcros honrados operaban por toda la tierra (1). Vigilancias que se oponían á sentimientos tan recibidos, refutado por San Jerónimo, permaneció sin continuadores. La fe cristiana brotaba y se extendía todos los días. Pero el imperio de Occidente no podía más. Atacado por tantos enemigos, fué aún debilitado por la envidia de sus generales y por los artificios de Aecio. Bonifacio, conde de Africa, se hizo sospechoso á Placidia. El conde, maltratado, hizo venir á España á Genserico y los vándalos, que los godos arrojaban, y se arrepintió más tarde de haberlos llamado. El Africa fué quitada al imperio. La Iglesia experimentó males infinitos por la violencia de estos arrianos, y vió coronar un sin fin de mártires. Dos furiosas herejías se elevaron: Nestorio, patriarca de Constantinopla, dividió la persona de Jesucristo; y veinte años después, Eutiques, abad, confundió las dos naturalezas. San Cirilo, patriarca de Alejandria, se opuso á Nestorio, que fué condenado por el

(1) Hier., *Cont. Vigil.* t. IV, part. II, col. 282 y siguientes, *Script. eccl.*



papa San Celestino. El concilio de Efeso, tercero general, ejecutó esta sentencia, y depuso á Nestorio y confirmó el decreto de San Celestino, á quien los obispos del concilio llamaron padre en su definición (1). La Virgen Santísima fué reconocida por Madre de Dios, y la doctrina de San Cirilo fué celebrada por toda la tierra. Teodosio, después de algunas trabas, se sometió al concilio y desterró á Nestorio. Eutiques, que no pudo combatir esta herejía sino entregándose á otros excesos, no fué ménos fuertemente rebatido. El papa San Leon el Grande le condenó y refutó á la vez, por una carta que fué reverenciada en todo el universo. El concilio de Calcedonia, cuarto general, en donde este gran papa tenía el primer asiento, no tanto por su doctrina como por la autoridad de su silla, anatematizó á Eutiques y á Dioscoro, patriarca de Alejandria, su protector. La carta del concilio á San Leon demuestra, que este papa presidía allí por sus legados, como jefe, á sus subordinados (2).

(1) Part. II, Conc. Eph., act. I; Sust. depos. Nestor. t. III, Conc. Labb. col. 233.  
(2) Relat. S. Syn. Chalc. ad Leon., Conc. part. III, t. IV, col. 837.

nombre, y fundaron allí muchos reinos. Entre tanto, los hunnos, pueblos de los Palus-Meótides, desolaron todo el universo con un ejército inmenso, bajo el mando de Atila, su rey, el más horrible de todos los hombres. Aecio, que le deshizo en las Gálias, no pudo impedir que penetrase en Italia. Las islas del mar Adriático sirvieron de refugio á muchos contra su furor. Venecia se elevó en medio de las aguas. El papa San Leon, más poderoso que Aecio y que los ejércitos romanos, se hizo respetar por este rey bárbaro y pagano, y salvó á Roma del pillaje y del saqueo; pero se vió expuesta poco después por los excesos de su emperador Valentiniano Máximo, cuya mujer había violado, encontró el medio de perderle, disimulando su dolor y haciéndose un mérito de su complacencia. Por sus consejos falaces, el ciego emperador hizo matar á Aecio, el único sosten del imperio. Máximo, autor de la muerte, inspiró la venganza á los amigos de Aecio; é hizo matar al emperador. Sube al trono por estas degradaciones, y contrajo matrimonio con la emperatriz Eudisia, hija de Teodosio el joven. Para alejarse de sus manos, no temió colocarse en las de Genserico. Roma es presa del bárbaro; sólo San Leon le impide llevarlo todo á sangre y fuego; el pueblo destroza á Máximo, y no recibe en sus males más que este triste consuelo.

Todo se descompone en el Oriente: allí se ven levantarse muchos emperadores, para caer casi al mismo tiempo. Mayoriano fué el más ilustre. Avito sostuvo mal su reputación, y se salvó por un obispo. Las Gálias no pueden defenderse más contra Meroveo, ni contra Childérico, su hijo; pero el último pensó perecer por sus desórdenes. Si estas causas le arrojaron, un fiel amigo que le quedó le mandó llamar. Su valor le hizo temible de sus enemigos, y sus conquistas se extendieron hasta el interior de las Gálias. El imperio de Oriente estaba en paz bajo Leon Traciano, sucesor de Marciano, y bajo Zenón, yerno y sucesor de Leon. La revuelta de Basilisca, sofocada al punto, no produjo más que una pequeña inquietud á este emperador; pero el imperio de Occidente pereció sin remedio. Augusto, que se llama Augús-





hijo de Orestes, fué el último emperador reconocido en Roma, é inmediatamente fué desposeido por Odoacro, rey de los hérulos. Estos eran pueblos venidos del Ponto Euxino, cuya dominacion no fué larga. En Oriente, el emperador Zenon acometió la empresa de distinguirse de un modo desconocido. Fué el primero entre los emperadores que se mezcló en arreglar las cuestiones de la fe. Mientras que los sentimientos arrianos se oponian al concilio de Calcedonia, él publicó contra el concilio su Henótico, es decir, su decreto de union, detestado por los católicos y condenado por el papa Félix III.

Roma se engañaba, dice Cantú, al creer que sus águilas tenian apresado el Universo; si no pudo oír el silencioso y uniforme movimiento de la India y de la China, destinadas á sobrevivirla; si creyó subyugadas el Asia y el Africa, cuando los reyes de Alejandria y de Palmira pasaron encadenados por la Via Sacra, á lo ménos la embriaguez de los triunfos y el obscuro tumulto de las bacanales no debieron impedirle que oyese los pasos de los pueblos del Oriente y del Septentrion, impulsados los unos por los otros, y por una fuerza sobrenatural, para saquear á la depredacion del Universo.

En el Mediodia, los beréberes, los gétulos y los moros hacen retroceder hácia las costas á los romanos; en Oriente, los sasanidas restablecen el poder de Persia y amenazan con renovar los dias de Jerjes; los germanos encuentran otros arminios que los conduzcan á los Alpes; los escandinavos dan muerte en una batalla á Valente, como los persas habian muerto á Juliano; las provincias, cansadas del yugo fiscal, aceptan como libertadores á los conquistadores nuevos; tambien los ugoro-fineses y la ignorada Tartaria quieren tomar parte en los despojos; y los hermanos de los que combatieron el imperio chino vienen á incendiar las ciudades del Adriático y á morir en los campos de Chalons.

En vano trató Constantino de rejuvenecer la monarquía: el pueblo estaba gastado por la antigua prosperidad y por las nuevas desventuras. Entre los hombres inmensamente ricos y los innumerables pobres, habia desaparecido

la clase media, depositaria de las virtudes ciudadanas y de la igualdad social; las creencias religiosas discordaban de las instituciones civiles, y al paso que la legislacion era católica, la administracion se conservaba pagana, identificando al Estado con el soberano, el cual, teniendo un poder ilimitado, ó con su depravacion corrompia á los pueblos; ó turbaba la fe con disputas continuas. El ejército, en las guerras civiles, obediente en un principio á la república, sublevado despues contra ella, y luego sentado en el trono de los Césares, queria ahora disponer de ellos; y Roma, engrandecida por la fuerza, sucumbe tambien por ella. Roma, constituida sobre la obediencia, perece tambien, porque la exagera. Las instituciones eran grandiosas; pero se hallaba ahogada la conciencia; y ofuscada esta, aunque aquellas duraron, encontróse arruinada la sociedad. Los últimos emperadores, avergonzados de lo pasado, temerosos del porvenir, se aturden en el presente entre asiáticos deleites; su corona parece la guimalda de que se adorna á la víctima destinada al sacrificio; y su nulidad acelera en Occidente la caída del imperio, mientras que la posicion topográfica deja en salvo por mucho tiempo todavía al de Oriente.

Constantinopla, en medio de su languidez, llegó á tiempo para despojar de su natural rudeza á los pueblos bárbaros limítrofes; dió á los godos el alfabeto modificado por Ulfila, y el mejor rey en la persona de Teodorico; hizo brillar la luz de la verdad entre los rusos y búlgaros, y con el código de Justiniano impidió que pereciese tanta práctica sabiduría romana, conservándola para que modificase las futuras legislaciones.

Del choque del Oriente con el Occidente y con el Septentrion, del cristianismo con el judaismo y con la barbarie, salieron mal paradas las formas, pero se ganó en cuanto al fondo; decayeron unos pocos privilegiados, pero la humanidad surgió poderosa; y en tanto que la ciudad romana se hundia desmoronada, proclamábase la victoria de la ciudad de Dios con una doctrina sublime aprendida sobre las rodillas de la madre, con la libertad establecida sin revoluciones, como que se fundaba en la



rectitud del pensamiento y en la pureza de las costumbres.

Desde aquella época se ve marchar el progreso por una senda recta y lógica, encarnándose la doctrina del cristianismo en las creencias, en las ideas, en las artes y en las costumbres. ¿Quién diria que hasta las herejías sirvieron para propagar la civilizacion? Los maniqueos penetran hasta en la India, el Tibet y la China, donde contribuyen á la aparicion del último Buddha y al establecimiento de la religion de los Lamas, que hoy cuenta con tantos adoradores como el cristianismo.

Los nestorianos fundan en Edesa la primera universidad cristiana, desde la cual difunden las letras sirias por la Mesopotamia, Fenicia y Persia, y enseñan el uso de las vocales á los árabes, y vertiendo á su idioma las obras griegas, que la Europa recibirá despues por mediacion de aquellos.

Da principio en esta época la Edad media, edad grande en la historia de la vida humana por dos superiores y altísimos fines, cuales son: el triunfo de la religion y el imperio del orden moral, mezclados ciertamente entre rudeza y batallar constante, que nublan en algunos momentos el concierto de la vida.

Aquel imperio asentado en las orillas del Tíber, que extendiéndose desde el mar Cantábrico hasta el mar Negro, desde los Alpes y Carpatos hasta el Nilo, habia reducido á su dominio á Cartago, Iberia, Grecia y Macedonia, Siria, el Oriente y Egipto, quedó al fin reducido á sólo Italia, sobreviviendo lánguidamente, en la serie de ocho débiles emperadores, durante veinte años de triste y débil agonía.

Rómulo Augústulo, el último de los emperadores, ayudado de los hérulos, rugios y turcilingos, tomó la direccion de un estado ya caduco; la menor señal basta á los hérulos, conducidos por Odoacro, antiguo ministro de Atila para lanzarse sobre Orestes y Rómulo Augústulo, y cae bajo el impetuoso vigor del brazo de los hérulos aquella sombra de imperio y de corona, que se cernia como juguete de

los vicios sobre la frente de Augústulo, poniéndole fin á dos dias del imperio romano el 28 de Agosto del 476.

De las ruinas del imperio de Occidente, nacieron: el reino de los ostrogodos y lombardos en Italia, el de los visigodos en España, el de los francos y borgoñones en la Gália y Alemania, y el de los sajones en la Gran Bretaña, cuya historia, con la de la raza árabe, é imperio de Oriente, constituyen la Edad media.

Así acabó aquel gran imperio de Occidente, consumido por su degradacion y tiranía, ofreciéndose en este periodo clara y visiblemente la accion de la Providencia; que resucita pueblos vírgenes, inspirados en las grandes ideas de la religion y de la libertad, para aniquilar bajo su planta el gérmen del despotismo y de la corrupcion de Roma.

Cuatro pueblos, los hérulos, los ostrogodos, los griegos y los lombardos, dominaron el suelo de Italia desde el 476 hasta el imperio de Carlos Magno; breves años imperan los hérulos, á quienes suceden los ostrogodos, vencedores de Odoacro en Verona.

Teodorico I, al frente de los ostrogodos, dirige los restos del imperio de Occidente con tino y prudencia, ayudado de Simaco, Boecio y Casiodoro; mas los crímenes y disturbios perpetrados en los tiempos de Athalarico, Teodato, Vitiges, Totila y Tecas, hicieron decaer el imperio de los ostrogodos, el cual no pudo resistir á los constantes esfuerzos de Belisario y Narsés.

Sigue en Italia por breve tiempo la dominacion de los griegos de Oriente, fijando su capital en Rávena; mas el mismo vencedor Narsés, resentido con Sofia, emperatriz viuda de Justino II, llama á los lombardos, quienes al frente del valeroso Albuino, franquean los Alpes y fundan el reino de Lombardia.

Fueron bien presto los hérulos, dice Bossuet, echados de Roma por Theodorico, rey de los ostrogodos, que es lo mismo que godos orientales, el cual fundó el reino de Italia, y aunque arriano, dejó á la religion católica bastante libertad de ejercitarse. Turbábala en Oriente el emperador Anastasio, que siguió los pasos de Zenon, su predecesor, y apoyó los herejes.

Años  
despues de  
J.-C.  
476 á 622

EPOCA OCTAVA  
Los bárbaros